

www.elboomeran.com

Andrew O'Hagan

# La vida secreta

Tres historias verdaderas

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
The Secret Life. Three True Stories  
Faber & Faber  
Londres, 2017

*Ilustración:* © lookatcia.com

*Primera edición:* enero 2020

Diseño de la colección: lookatcia.com  
© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2020  
© Andrew O'Hagan, 2017  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2020  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6446-5  
Depósito Legal: B. 26928-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Jane Swan*

Hay otro mundo, pero está en este.

PAUL ÉLUARD

## PREFACIO

Cuando se escriben novelas, se toma del mundo lo que hay que tomar, se devuelve lo que se puede y se da por sentado que la imaginación lo ha hecho todo, pero ¿qué ocurre cuando se escribe una historia que ya se conoce? ¿No está determinada ya por los hechos y, por tanto, fuera de la imaginación? En este libro sostengo que la diferencia ya no es viable, en particular en el mundo en que vivimos. Cuando informo, más que un recopilador de noticias, me siento un buscador de realidades, un cronista para el que las técnicas de la ficción nunca son extrañas y raramente están fuera de lugar. Las personas sobre las que escribo suelen vivir en una realidad que ellas mismas han construido o que de un modo u otro se asocia con la ficción y, para conocer su historia, es necesario entrar en su limbo y bailar con sus sombras. De joven aprendí de los poetas a no confiar en la realidad —«La realidad es un cliché del que escapamos gracias a la metáfora», decía Wallace Stevens— y las figuras que protagonizan este libro documental, todas las cuales son reales o lo fueron, dependen de un alto grado de artificialidad para existir y tener poder en el mundo.

Hoy en día se suelen ordenar las ironías insertas en este estado de cosas y llamarlas cultura. (Basta con ver los

realitys.) Y el escritor creativo, habida cuenta de lo que he dicho sobre la metáfora, puede partir con ventaja cuando se trata de investigar esa cultura, motivo por el que haríamos bien en abrir de vez en cuando el cuaderno de notas y poner en marcha la grabadora. Cuando en cierta ocasión le preguntaron qué arte se acercaba más a la literatura, Norman Mailer me dijo que la «actuación». Habló de una pérdida esencial del amor propio, actitud que pocas personas relacionarían con él. Pero es un principio que sin duda conocen los escritores de ficción y no ficción que siempre andan en busca de otra vida y creen que su obligación es invertir a manos llenas en autotranscendencia. Yo creo que es eso lo que quiso decir Scott Fitzgerald cuando afirmó que ninguna biografía de un escritor merece confianza «porque si un escritor tiene algo de valor, es que es demasiadas personas a la vez».

Mucho antes de comprender hasta qué punto la tecnología iba a cambiar nuestra vida ya éramos adictos a los malestares de internet. En cierto modo, internet nos dio a todos las herramientas para hacer ficción, siempre que tuviéramos un ordenador a mano y ganas de sumergirnos en las profundidades cibernéticas de la alteridad. J.G. Ballard predijo que el escritor dejaría de tener un papel en la sociedad, que no tardaría en volverse superfluo, como un personaje de novela rusa del siglo XIX. «Dado que la realidad exterior es ficción», escribió Ballard, «no necesita inventar ficción porque ya está ahí.» Todos los días vemos cumplirse esta profecía en la red; se ha convertido en un mercado de individualidades. Gracias al correo electrónico, todos pueden comunicarse anónima e instantáneamente con su propio nombre o con seudónimo. En Facebook, hay sesenta y siete millones de nombres «inventados», muchos de los cuales viven claramente una vida prestada, menos vulgar o en cualquier caso menos controlable. Nadie sabe

quiénes son en realidad. La encriptación ha hecho del usuario medio un fantasma, un alias, un simulacro, un reflejo. En este ambiente, solo nuestro poder adquisitivo nos hace reales y el yo de que disponemos está abierto a las ofertas de mejora –otro color de ojos, un seguro más beneficioso, un cuerpo más esbelto– que nos hacen las compañías mercadotécnicas y las empresas de telefonía móvil antes de entregar nuestros datos a las administraciones públicas, que quieren que seamos nuevamente visibles en interés de la seguridad nacional.

En *La edad de la ansiedad* de W. H. Auden conocemos a Quant, un hombre que se ve en el espejo de un bar neoyorquino, rodeado por una «cultura de broma», con lo cual quiere decir de pega, artificial. Según Auden, que un hombre no viera ninguna correspondencia entre su posición socioeconómica y su vida mental privada era un aspecto de la vida moderna. Quant habla con su reflejo: «Mi doble, mi querida imagen», dice, «¿está viva ahí», en «ese país de cristal?» «¿Sabe a falsedad / tu yo como el mío?» Pienso en el poema de Auden cuando medito sobre las dos generaciones que se han pasado las horas mirando el cristal de la pantalla de sus ordenadores. ¿Qué hemos estado buscando? ¿Está vivo ahí, sea lo que sea? ¿Y nos hemos vuelto adictos al sabor de la falsedad? Internet ofrece a todos una vida secreta, pero cómo ocurre y quién controla es lo que me movió a escribir estas historias. En cada hectárea de la red se cosechan nuestros datos personales para pertrechar una red neuronal, una mente global, y nuestra recompensa es creer que contene-mos multitudes.

En 1964, trece años antes de que Apple vendiera su primer ordenador doméstico, Joseph Mitchell empezaba una nota biográfica en *The New Yorker* con la siguiente frase: «Joe Gould era un hombre insignificante, raro, inca-

paz de encontrar trabajo y sin un céntimo que se trasladó a la ciudad en 1916 y estuvo escondido, eludió responsabilidades y aguantó todo lo que pudo durante más de treinta y cinco años.» Mitchell ya había escrito sobre Gould en la revista hacía veintidós años, pero el nuevo artículo, «El secreto de Joe Gould», sacaba a colación la nube de incertidumbre que rodeaba la obra maestra del personaje, *Historia oral de nuestro tiempo*, en la que Gould afirmaba haber trabajado varios decenios. Joseph Mitchell decía que Gould ni siquiera había empezado el libro y que todo era una colección de páginas en blanco. Sin embargo, en fecha posterior, Jill Lepore ha rescatado material de la *Historia oral* y ha puesto de manifiesto que «El secreto de Joe Gould» contiene elementos ficticios. «Dos autores custodian un archivo», dice Lepore. «Uno escribe Ficción; el otro cuenta Realidades. Para cruzar la puerta hay que adivinar cuál es cuál. Mitchell dijo que Gould inventaba cosas. Pero Gould dijo que era Mitchell quien las inventaba.» Lo que sabemos es que Joseph Mitchell tenía un secreto propio: no escribió una sola palabra de la novela joyceana sobre Nueva York que dijo que escribiría. Vivió más de treinta años después de que apareciera su segundo artículo sobre Joe Gould, pero no publicó nada más. El diálogo entre un autor y sus temas suele yacer, como decía Wordsworth, en un lugar demasiado hondo para el llanto y, a veces, se encuentran frases referentes a realidades y correspondencias invisibles a simple vista. Estas dificultades me han interesado siempre. Dan forma a mi sentido de la vida. Además, veo que la literatura, antiguamente palestra principal de la doble vida, ocupa ahora un lugar secundario en la red, donde nadie puede ser ya una sola cosa.

Las historias de este libro se han escrito desde el Lejano Oeste de internet, antes de cualquier control o código de decencia. Aún carecemos de buenas costumbres y de



una clara ética profesional y los últimos acuerdos ontológicos para internet no se han convertido todavía en una segunda naturaleza. Yo quería escribir historias que se sumergieran en el fango ético de todo esto y aquí están, las tres juntas. No hay nada general en ellas: incluso en el amplísimo contexto del ciberespacio, mis tres estudios son individuales y en muchos aspectos solo son típicos de ellos mismos. Julian Assange, fundador de WikiLeaks, no es una figura típica de la Era de Internet como Charles Foster Kane lo fue de la Era del Periodismo. Craig Wright, presunto inventor del bitcoin, es un sujeto muy particular, en la cima de la moneda digital, que reaccionó a la crisis económica de 2008 y cuyos problemas interiores me interesaron por ellos mismos. Ronald Pinn, personaje digital que he inventado basándome en un joven que falleció hace treinta años, se encuentra en un punto intermedio, quizá sea un hombre del momento pero también un elemento del periodismo experimental, un sujeto a la vez verdadero y no verdadero a cuyo alrededor la pregunta por la existencia se arremolina como copos de nieve. Todo ciudadano tiene su trineo Rosebud y en ningún momento me he propuesto que estos tres casos fueran representativos de toda la red ni, Dios nos asista, del hombre actual. Me fascinaron a título personal. Mientras buscaba argumentos relacionados con el poder, la libertad, la transparencia, el dominio empresarial, el control económico, los mercados ilegales y la manipulación de la identidad, tropecé con estos tres individuos, cada uno en su momento. Es posible que cada uno nos cuente una historia sobre la época en que vivimos, pero ninguno es universal y han salido de lo que Alexander Star llamó «la punta de lanza de internet».

Ya he hablado del hecho de que la red nos ha transformado en creadores de nosotros mismos, aunque las

personas de las que hablo en este libro son, les guste o no, maestros de la red y víctimas de la misma. Fueron hombres problemáticos y pensé que hablaba de ellos desde un punto de vista no solo cultural, sino también psicológico. De un modo u otro, estas figuras o sus representantes me buscaban, querían que alguien contara su historia, pero ninguna de las que yo podía contar era la que ellas querían. En todos los casos ha salido una historia sobre cómo una personalidad online y otra civil podrían estar librando una guerra perpetua. En total, he pasado varios años en compañía de estos hombres y me han revelado –en medio del zumbido, el griterío y el cieno de la red– que los problemas humanos siguen siendo humanos y que eso no lo borra el trabajo de los ordenadores, por muy superior que sea.

Estos hombres sobre los que he escrito siempre estaban en movimiento y me sentí impulsado a preguntar de quién y de qué huían. Hay directivos, jugadores, jóvenes prodigio y empresarios de Silicon Valley que prosperan a través de internet, que no son fugitivos y cuya historia con internet sería muy distinta, pero encontré a hombres que son fantasmas de la deslumbrante máquina y que suscitan un par de interrogantes.

Una de las gratificaciones de ser escritor es que uno se ve vivo en los detalles de sus historias y la Era de Internet nos ha traído un parque de atracciones totalmente nuevo y lleno de incitaciones existenciales. En mi infancia había una feria que aparecía de vez en cuando y se llamaba «The Shows» y así es como pienso en estos relatos, como informes de la vanguardia de la individualidad moderna, como novelas cortas documentales en las que unos cuantos hombres carnalescos aparecen deformados –por su pasado, sus ambiciones o sus ilusiones– bajo la gran carpa de internet. En un mundo donde todos pueden ser cual-

quier cosa, donde ser real no vale un real, he querido volver a los problemas humanos y eso es lo que guía estas historias, la idea de que nuestros ordenadores todavía no son nosotros. En una galería de espejos parecemos otros, pero solo lo parecemos.